

SAYNETE NUEVO

INTITULADO:

EL MANTATICO

PARA OCHO PERSONAS.

Doña Narcisa.

Pepita.

Doña Rosa.

Don Anselmo.

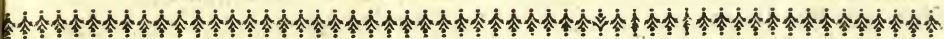


Anselmito.

Un Maestro.

Don Diego.

Antoñuelo.



Calla con sillas, y un bufete cubierto: salen Doña Narcisa y Pepita con luces, como registrando.

Narc. **L**O que toca á las paredes
no hallo ningun rompimiento.

Pepit. Tampoco descubro yo
señal alguna en el suelo,
que muestre por dónde intentan
la entrada en el aposento.

Narc. Pues ya es la hora que decia,
sobre poco mas ó menos.

Pepit. A ver; saque usted el papel,
para que nos enteremos
otra vez.

Narc. Quantas le saco
me admiro, Pepa, de nuevo,
que haya llegado á mis ojos,
burlando los agoreros
tan terribles de mi padre.

Pepit. A la que tiene maestros
de habilidades, jamas
le pueden faltar correos.

Narc. Tambien suelen descubrir
muchas veces los secretos.

Pepit. De nuestro Don Pasqualito
no tengais ese recelo,
que aunque es maestro de danzar,
tiene juicio, y es discreto,

que á veces naturaleza
suele hacer prodigios de estos:
demas, que si lo contara,
se perdía él á sí mismo,
y perdía tres mil reales
que le ha ofrecido Don Diego.

Narc. Calla, calla, que parece
que oigo ruido. *Dentro golpes.*

Pepit. Es el deseo,
que da golpes en el alma,
y despierta los deseos.

Lee Narcisa.

Narc. „Mi bien: Serafin, y yo,
„por fin hemos descubierto,
„que la cueva de mi casa
„se extiende hasta el pavimento
„del quarto de tu prision;
„y por tanto hemos resuelto
„ir labrando poco á poco
„una rotura en el techo
„de la cueva, para entrar
„á sacarte de ahí, supuesto
„que mi señora y tu madre
„conviene en el casamiento.

Golpes.

Rep. Ahora sí que se oyen golpes.

Pepit. ¿Sabe usted lo que me temo?

Narc. ¿Qué?

Pepit. Que ha de perder el lance y la traza por defecto de fuerzas. Estos que se mantienen con caramelos, en llegando una ocasión en que es preciso el esfuerzo, si no meten oficiales, no hacen cosa de provecho.

Narc. Volvamos á ver si acaso

Regístran.

se halla señal. *Pepit.* Con efecto, en estos ladrillos hay señal de algun movimiento. ¿Qué vanidad para mí será pegársela al viejo maniático!

Narc. De que todos lo conozcan me avergüenzo.

Pepit. ¿Se puede dar tal capricho, como hacer un voto expreso de no casar á su hija hasta acertar con un terno de la Lotería, un hombre que tiene bienes y yernos de sobra!

Narc. Lo peor es el que me niegue el comercio con mi madre, porque dice que me ama con el extremo que su merced me aborrece; y con tres puertas por medio aquí me tenga encerrada, siendo el Alcayde mi necio hermano.

Pepit. ¿Qué señorito tan agradable y tan bello!

Narc. Con las alas de mi padre cada día es mas jumento.

Pep. ¡Y qué mi amo, que en todo respeta por su mal genio y soberbia á su muger, se mantenga fuerte en esto!

Narc. ¿Qué quieres? desgracia es mia.

Golpes.

¡Jesus qué golpe!

Pepit. Esto es hecho.

Narc. ¿Si será Don Diego, Pepa? yo estoy temblando de miedo.

Pepit. Y yo de risa, señora.

Se desploma un escotillon, y suben p escalera Antoñuelo y Don Diego.

Antoñ. Buenas noches, caballeros: acá estamos todos, Pepa.

Dieg. Al cabo de un mes, ¿es tiempo de verte, Narcisa mia?

Narc. Y ahora ¡con quanto riesgo!

Antoñ. No hay alguno: hemos subido de cabeza; y tambien creo que por alguna ventana de cabeza baxaremos.

Dieg. Dexa el susto, dueño mio, que el temor debe ser menos, aunque nos halle tu padre.

Narc. ¿Por qué?

Dieg. Cosas del ingenio de este tronera.

Antoñ. No son sino de vuestro dinero: él introduxo el papel; él seduxo al carpintero, y á los albañiles, para hacer la puerta en el techo de la cueva: solo el vino que han bebido es lo que siento, que se han volado catorce botellas de vino añejo de Málaga, que tenias.

Dieg. ¿Y qué importa todo eso? ¿no te quedan aun bastantes?

Ant. Eh, tal qual, hay mas de ciento.

Dieg. ¿Qué te sobresalta?

Narc. ¿Es poco motivo de mis recelos, si mi padre, si mi hermano:-

Pepit. Que entren por donde salieron poner esta alfombra encima, y disimular.

Dieg. Viniendo tú conmigo, donde tengas decente y seguro puerto, ¿qué riesgo queda?

Antoñ. El de estotra; porque yo no me la llevo.

Pepit. Ni yo me fuera contigo.

Antoñ. ¿Y con otro?

Pepit. ¿Qué sabemos?

Antoñ. No lo dudes, que sé yo que te irías al momento.

Pepit. ¿En qué lo fundas?

Antoñ. En que es

muy aplicado tu genio;
y aquí no tienes labor
para entretener el tiempo.

Dieg. Calla. Tú, mi bien, ¿no sabes
que estará ya mas contento,
y de otra idea tu padre?

Narc. ¿Por qué?

Dieg. Porque sacó el terno
que él queria

Narc. ¿De qué modo?

Antoñ. A mí me toca ese cuento.

Como el no sacar á usted
estribaba solo en eso,
y el tal señor tiene mas
de bobo, que yo de bueno,
me disfracé de gitano,
y saliéndole al encuentro
una tarde, que se fue
al solitario paseo
que acostumbra, le embestí;
y con mucho manoteo,
y la cabeza torcida,
llegué y dixe: Cabayero,
¿qué cara asflegia ez eza?
vamo, z, enzanche eze pecho,
que la zabia aztrología
para todo da remedio.
Replicó:: pues que le dé
para adivinar un terno
de Lotería. No hay coza
maz facil: ¿quiere uzted verlo?
le dixe. Y él respondió:
el no verle es lo que siento.
Puez le verá, dixe entonces:
y sancando un libro viejo,
que llevaba prevenido,
de Matemática en griego::
¿tú no lo entiendes?

Pepit. Yo no.

Antoñ. Ni yo tampoco le entiendo.

Le dixe:: tome eze libro;
deme zeis números de ezöz,
que yo loz combinaré
á mi modo acá en zecreto,

de forma que ze conziga
la coza, pues zolo ezto
ez menezter, y que uzted
bien retirado y atento
lea un quartito de hora
cada día hazta entenderlo,
y conocer de ezaz líneas
y ezas letraz el mizterio,
que aunque eztá duro el principio,
á la poztre eztará tierno;
y entoncez no hay maz que echar;
y recoger el dinero.

Entre dudas y temores
desde allí le llevé á un puesto;
le hice gastar cinco reales;
aseguréle el rescuento,
diciéndole que quedaba
de mi cuenta todo el resto,
como no se descuidase
en leer: y con efecto,
á la mañana siguiente
del sábado del sorteo,
le busqué en el mismo trage,
y le entregué en un talego,
con sigilo y mil fachendas,
los catorce mil trescientos
y treinta reales, que importa
con los tres ambos el terno.
Me queria regalar;
y yo le dixe muy serio::
ya me lo pagará uzted
de aquí en un mez, y no en dinero.
Quedó, aunque alegre, confuso;
y yo me vine corriendo
á proseguir el trabajo,
por las albricias que espero.

Pepit. ¿Pilló? ya no hay que temerle.

Dieg. Sin embargo no sabemos
si tendrá ya prevenido
para Narcisa otro dueño.

Pepit. Preciso ha de repugnar
el dársela á usted, sabiendo
que es el vecino, por quien
no hay en la casa agujero
que no haya cerrado.

Dentro Anselmito.

Anselm. Padre, padre,
que quiere el Maestro
darme azotes.

Dentro el Maestro.

Maest. Ipso facto,
magister, vapulat pueros.

Sale Anselmito como niño estudiante, con un arte en la mano, y el Maestro con palmeta y disciplinas.

Anselm. ¡Ah, Dómine! parece mihi.
Hermana ::: ¿Pero qué es esto?

Sale el Maestro.

Maest. ¿Puer, qui nesit lectionem,
probet autem et timebunt
partes posteriores? ¡Ola!
¿encerrados en un mismo
redil ovejas y lobos?

Antoñ. Tú lo serás, y tu abuelo.

Dieg. Mas que de lobos, amigo,
nos preciamos de corderos;
y ved aquí el bellon de oro.

Un bolsillo.

Anselm. ¡Ah, Dómine!

Maest. Vade retro.

Anselm. Accipiamus.

Maest. Tace, tace.

Pepit. Pues vamos hablando quedo.

Maest. Soy hombre de integridad.

Anselm. Integrus, integra, integrum.

Maest. Es necesario avisar
al instante á Don Anselmo
de este pretendido rapto.

Pepit. ¿Pues acaso él os ha hecho
nuestro preceptor?

Maest. De toda
la familia debe serlo
el que lo es del mayorazgo.

Anselm. Si señor. Ipse sum ego:
por pasiva, ego sum ipse.

Pepit. Si yo no le colobo, *ap.*
esto va perdido. Vaya,
ya sabe usted que le quiero.

Maest. Fugite. A mí no me vencen
las carocas, ni el dinero.

Antoñ. Pues no le vencerá á usted
un escuadron de Tudescos.

Narc. ¡Ay de mí! mi padre viene.

Dieg. Pues que no hay otro remedio,
vayan á la cueva.

Los embocan por el escotillon.

Antoñ. Vayan.

Maest. ¡Ay!

Anselm. ¡Ay! ¡ay!

Antoñ. Allá va eso.

Dieg. Echa tú la alfombra encima,
que yo no me avendré con ellos
allá abaxo. *Báxase.*

Antoñ. Aguarda, Pepa,
déxame entrar.

Pepit. Ya no hay tiempo.

Antoñ. ¡Pobre de mí!

Pepit. Entra debaxo
de esa mesa, que te haremos
espaldas.

Antoñ. Sobre las mias
vendrá á caer todo esto.

*Pónese debaxo la mesa. Salen Doña Ro-
sa y Don Anselmo como aturcido.*

Ros. Hombre, ¿qué tienes, que andas
atolondrado?

Anselm. Yo tengo:::
¡ay muger, yo estoy perdido!

Ros. ¿Qué pena, qué sentimiento
te aflige? toda la casa
andas sin tino corriendo.

Preciso ha de ser atarte,
y remitirte á Toledo,
si esto prosigue.

Anselm. ¡Ay, muger!

Ros. ¿Qué tienes?

Anselm. Poco sosiego.

Ros. ¿Qué te duele?

Anselm. Nada, y todo.

Ros. Pues muérete, y que sea presto.

Ansel. ¿Adónde está mi Anselmito?
porque me llamaba creo
llorando. ¿Quién le ha hecho mal?

Ros. Solo ese niño tan tierno
merece tu agrado en casa;
y tu cariño y tu exemplo
van sacando buena cria.
No hay muchacho mas jumento,
ni mas infame, en Madrid.

Anselm. Pepa, búscale corriendo.
¡Ay hijo del alma mia!

Pepit. Voy alla.

Narc. Pepa, yo tiemblo.

Anselm. Y tú vete enhoramala,
que de verte me enfurezco.

Narc. Paciencia.

Pepit. Esta tempestad *Vase.*

nos coge cerca del puerto. *Vase.*

Ros. ¿Por qué riñes á tu hija?

Anselm. ¿Mi hija? en verdad que tengo mi duda en la propiedad.

Que me la ha trocado temo el ama: y trueque ó no trueque, finalmente la aborrezco.

Ros. ¿Qué capricho!

Anselm. Peor capricho es que yo estoy al extremo de desesperarme.

Ros. Hombre.

¿No me dirás á lo menos los motivos?

Anselm. Finalmente, ya logré sacar de un terno de diez mil con sus tres ambos. ¡Pero, ay amiga, á qué precio!

Ros. ¿Le has sacado?

Anselm. Sí, hija mia.

Ros. ¡Ay, hijo, cuánto me alegro! no me engañes.

Anselm. Te lo juro.

Ros. Pues si te enfadas por eso, piensa que no le sacaste, y entrégame á mí el dinero.

Anselm. Mas, yo hice una mala hacienda, sin saber lo que me he hecho.

Ros. ¿De qué modo?

Anselm. Ya es preciso que lo sepas: toma asiento, y dame alivio, Marica, en mis días postrimeros.

Ros. Vamos, di.

Anselm. Yo hallé una tarde á un buen hombre en el paseo, que parecia gitano; y me dixo, que leyendo en un libro que me dió, conseguiria el intento de vencer la Lotería, y ganaria los juegos que quisiera: yo he ganado: mira parte del dinero. *Un bolsillo.*

Ros. A ver. El verte á ti triste

Se le coge y guardaa.

es solo lo que yo siento.

Anselm. Ya se conoce.

Ros. ¿Con que

á Narcisa casaremos pronto?

Anselm. Para boda estamos.

¿Crees que aquí no hay misterio?

Ros. ¿Qué misterio puede haber?

Anselm. Que sin duda este es enredo del diablo. Y, querida mia, si todo quieres saberlo, yo le he visto aquesta noche.

Ros. ¿Y qué te dixo de bueno?

Anselm. ¿Y te ries? ¡pues el caso es para reir por cierto!

Ros. ¿Tú has visto al diablo!

Anselm. Y ahora me parece que le veo.

Ros. ¿Y en qué figura le viste?

Anselm. En la del gitano mesmo que me dió el libro, y me dixo al entregarme el talego: ya me lo pagarás todo de aquí á un mes, y no en dinero. Y esta noche, me añadió, que yo le ofrecí leyendo,irme con él; y que así, por mí vendria á su tiempo.

Ros. Pues buen viage: hazte allá,

Desviándose.

que volverte á ver no quiero.

Anselm. Muger:—

Siguela.

Ros. Vete con el diablo.

Anselm. Si yo aquel libro no entiendo, ni yo lo hacia por mal, sino por tener dinero.

Ros. Pues, hijo mio, es preciso reducir el daño al menos, y te apliques á leer, para asegurar un terno siquiera de dos millones de reales, sin el aumento, antes que el diablo:—

Anselm. ¿Me lleve á mí, para enriqueceros? á mi muger, y mi hija, dos personas, que detesto con todo mi corazon.

Ros. Di lo que quieras, que presto el diablo nos vengará.

Anselm. Yo no sé lo que me pesco. Perdóname.

Ros. Si estás loco:

sin duda ha sido algun sueño
de esta noche, que has roncado
mas que una vara de cerdos.

Anselm. ¿Un sueño? Dios te lo pague.
Pero haber sacado un turno:-

Ros. ¿No sacan otros? ¿y tú
no juegas con el intento
de sacar tarde, ó temprano?

Anselm. Digote que me convenzo.

Sale Pepita.

Pepit. Señor:-

Anselm. ¿Y el niño?

Pepit. Señor:-

Anselm. ¿Dónde está?

Pepit. Señor:-

Anselm. ¿Torreznos!

Pepit. Ni al ayo, ni al señorito,
en toda la casa encuentro.

Anselm. ¿Qué dices? toma las llaves,
y ve á buscarle corriendo
por toda la casa. El diablo
sin duda cargó con ellos
en prendas. ¡Pobre de mí!

Don Emerenciano:: *Anselmo:-*

Dentro Maestro.

Maest. Señor:-

Ros. ¿De adónde respondieron?

Dentro Anselmito.

Anselm. Acá abaxo estamos presos.

Anselm. ¿Qué tal?

Ros. Pues esto no es chanza.

Le quita las llaves.

Pepit. En todo caso escapemos.

Anselm. Aguarda.

Ros. Voy á buscar

gente.

Vase.

Pepit. ¡Jesus, cómo tiemblo!

Vase.

Antoñ. Entre tanta confusion,
veamos si salir puedo.

Anselm. ¡Pero quién está debaxo
de la mesa! ¡Ola! ¿qué es esto?
hombre, ¿quién eres?

Sale Antoñuelo.

Antoñ. El diablo.

Anselm. ¡Ay!

Antoñ. Si te mueves del puesto,
hoy le pongo á mi candil
por torcida tu pescuezo.

Vamos callando, pues ves
que estoy de paz; y pudiendo
venir en forma de mico,
de serpiente, de camello,
de acreedor, de alguacil,
otro monstruo con aspecto
terrible, como lacayo
vine de diablo casero.

Ans. ¡Ay! que en qualquiera figura
fuerza es tenerte respeto.

Antoñ. Vaya, desecha el temor,
que ahora por ti no vengo;
pero vendré al fin del mes.

Anselm. ¡Fuerte cosa es, que leyendo
allí, se sujete al diablo!

Antoñ. ¿Con todo no estás contento?
quando tantos se sujetan,
y dan encima dinero,
¿qué tienes que desear?

Anselm. Ya para mí no hay consuelo;
téned piedad.

Antoñ. ¿Tú te burlas?

¿yo piedad? ¿Dónde la tengo?

Anselm. A lo menos de mi hijo:-

Antoñ. ¡Oh, amigo! á ese caballero,
hasta que venga por ti,
jamás le verás el pelo.

Anselm. ¿Qué no te puede mover
mi llanto?

Antoñ. Solo hay un medio.

Anselm. ¿Y qual es?

Antoñ. Que en su lugar
me entregues otro sugeto.

Anselm. Mi muger: cargad con ella,
que con el alma os la cedo.

Antoñ. No lo dudo: pero, amigo,
son ya tantas las que tengo,
que no sé qué hacer con ellas:
y ahora, que bien me acuerdo,
ya me la has dado otras veces,
y no la he querido.

Anselm. En eso
se verá que tal es ella.

¡Pues á quién elegiremos
que os guste? Por mi desgracia
no tengo suegra, ni suegro;
porque toda se reduce
mi familia, y herederos,
á mi hijo, y mi hija.

Antoñ. En quanto á la hija, veremos.
Ans. ¿Pero dar una hija al diablo? :-
Antoñ. ¿A qué viene aquí ese pero?
 los diablos to saben todo,
 y sé tus remordimientos;
 y aciertas, porque tu hija
 se murió, y despues te dieron
 esa á tragar.

Anselm. De esa suerte,
 que te la lleves consiento:
 si mi hija no es mi hija,
 mas que se vaya al infierno.
Antoñ. ¿Y ella se vendrá conmigo
 sin repugnancia?

Anselm. En sabiendo
 que sois diablo, es imposible;
 y como lacayo, menos.
Antoñ. Bien: mudaré de figura.
Ansel. Hareis bien, que sois tan feo,
 que nadie puede dudar
 que sois el demonio al veros.
Antoñ. ¿Te parece bien que tome
 la figura de Don Diego
 tu vecino?

Anselm. Es la mejor;
 que ella le quiere en extremo,
 y se irá con vos.

Antoñ. Pues ponte
 en la cara algun pañuelo.

Anselm. ¿Para qué?

Antoñ. Para no verme;
 porque son tantos los gestos
 que hago al mudar de figura,
 que te quedaras ahí muerto,
 si lo vieras.

Anselm. En buen hora.

Pónesele.

Digo, ¿y soltais algun trueno?

Antoñ. No temas. Señor, arriba.

Quita la alfombra, y sube Don Diego.

¿Oíste?

Dieg. Ya estoy impuesto.

El sopista y el muchacho
 están ahí como dos cueros:
 ten cuidado que no suban.

Antoñ. Yo los soltaré á su tiempo.

Baxa.

Anselm. ¿Qué hay mas diablos?

Descúbrese.

Dieg. Solo estoy.

Ansel. Ahora sí que venís bueno.

Dieg. Pues dame la niña.

Anselm. Dadme.

vos á mi niño primero,
 que segun dicen las gentes,
 el diablo es muy embustero.

Dieg. No mienten poco los hombres.
 Agarremos, y agarremos.

Anselm. Narcisita, ven acá.

Dieg. Espíritus compañeros,
 que me oís, soldad al punto
 al discípulo y maestro.

Suben el Maestro y Anselmito borrachos.

Anselm. ¿Si subirán muy ahumados?

¡Amigo! ¿querido Anselmo!
 no me responden palabra.

Dieg. ¿El escapar del infierno
 os parece que es un gusto
 que dexa libre el resuello?

Anselm. Vinum letificat cor.

Maest. ¡Oh quam facilis descensus
 averni!

Anselm. Hablan en latin.

Maest. Venga á dar leccion.

Anselm. Concedo.

Maest. ¿Por dónde va vinum vini?

Anselm. Por musa musæ.

Maest. Es incierto,
 que va por sermo sermonis.

Anselm. Estos hombres suben pelos.

Muger, aquí está el vecino.

Salen Doña Rosa, Narcisa y Pepita.

Dieg. Señora:-

Rosa. De todo vengo ap.
 advertida: no temais.

Anselm. Que se casen he resuelto
 Narcisa y él al instante.

¿Quiéres tú?

Narc. Yo, desde luego:
 por obedecer á usted,
 ¿qué no hiciera mi respeto?

Anselm. Pero la fiesta será
 en su casa.

Pepit. Yo consiento
 que se la lleve.

Dieg. A mas ver.

Anselm. No os caaseis jamas en eso.

Ros. ¿Sin desposarse la entregas?

Ans. ¿Tú juzgas que este es Don Diego?

Aparte.

Ros. ¿Pues quién puede ser?

Anselm. El diablo,
que la quiere; y hemos hecho
cambalache entre los dos,
de modo que libre quedo.

Ros. ¡Qué loco que estás, marido!

*Suben Antoñuelo, dos albañiles, y un
carpintero, y dos mugeres.*

Antoñ. Lugar al diablo Cojuelo,
que quiere hacer á la boda
con sus gentes un festejo.

Anselm. Yo no quiero con los diablos,
ni mas fiestas, ni mas pleytos.

Ros. Hombre, sal de esa locura,
que te burlan.

Ansel. ¿Pues qué es esto?

Dieg. Deber á un ardid las dichas,
que á la razon no merezco.

Anselm. Y tú ¿quién eres, traidor?

Pepit. Un serafín. *Anselm.* Del infierno.

Antoñ. El lacayo de mi amo,
que os dió el libro y el talego;
y estos son los albañiles,
y el amigo carpintero,
que abrieron esta tramoya
para entrar hasta aquí dentro,
y estas son nuestras vecinas.

Dieg. Luego informarle podemos.

Anselm. Yo no quiero saber mas
de que salgo de aquel miedo
que concebí; y en albricias,
todo lo perdono. ¿Y estos?

Antoñ. Con el vino de la cueva
se calentaron los sesos.

Pepit. Pues vamos á divertirnos;
y mientras con mas esmero
festejamos este chasco:-

Todos. Tenga fin el intermedio.

FIN.

VALENCIA:

EN LA IMPRENTA DE ESTÉVAN,

Año 1816.

Se hallará en la misma imprenta, frente el horno de Salicofres; y así mismo un gran surtido de Comedias antiguas y modernas, Tragedias Saynetes y Unipersonales.